

Poesía

La decisión de Ulises



Luis Marimón



La decisión de Ulises

Poesía

La decisión de Ulises

Luis Marimón



LA DECISIÓN DE ULISES
© Luis Marimón

Primera edición:
© Ediciones Matanzas, 1988

Sobre la presente edición:
© Luis Marimón, 2020
© DECO Mc Pherson S.A., 2020

Diseño: DECO Mc Pherson S.A.
Edición: DECO Mc Pherson S.A.

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita
de los titulares del copyright,
la reproducción total o parcial de esta obra.

D´Mc Pherson LLC
5040 NW 7TH ST
Suite 705
Miami, FL 33126

e-mail: editorial@decomcpherson.com
<https://dmcphersoneditorial.com>



DmcpersonEdit



dmcphersoneditorial



dmcphersoneditorial

PÓRTICO PARA UN VIAJE

*Pero en mi corazón
ninguna cruz me falta.
Es mi corazón
el país más devastado.*
GIUSEPPE UNGARETTI

Gracias a mi labor de cocinero en diferentes barcos mercantes, he visitado numerosas ciudades y puertos como sueños aumentados. En estos viajes he escrito la mayoría de estos textos. “Los emigrantes” lo escribí en Ceilán, en un caluroso invierno de 1984, mientras comía trozos de serpiente asada y bebía un recio vino de sangre que me tuvo postrado en mi camarote por varios días. “La decisión de Ulises”, también de este año, lo garrapateé mientras reparaban nuestro barco en un puerto de Sudamérica, paraíso de expendedores de drogas y contrabandistas. “La rosa de Jericó” fue pensado hacia 1988, en alta mar, y concluido en una oscura taberna de Alejandría, cuando me emborrachaba con un poeta al que no entendía, pero que me fascinaba. “Leyenda”, de 1978, es el más antiguo, y lo escribí en el vientre de una prostituta oscura de ojos verdes, en un puerto perdido de Brasil. “Miriam” y “Animales pudriéndose en la orilla del Yumurí” fueron escritos en Matanzas, mi amada ciudad de poetas y locos. Sin embargo, en ocasiones me parece que todos, en verdad, fueron escritos en Matanzas, y que mis puertos, incluso la cocina sobre el lomo de una ballena, la taberna construida por el demonio en la montaña o el pelo peligroso de la mujer de un vinatero no son más que fábulas, mentiras de un bribón comisionado.

Les entrego mis poemas tal y como los escribí. Pocos arreglos y pulidos puede hacer en su afanosa vida un hombre que comparte el tiempo entre

platos milagrosos, lenguas extrañas, callejuelas y mujeres que no tienen ni el esplendor ni el misterio de las de mi ciudad.

Por último, quiero dedicar esto que me aterra llamar libro a Konstantino Kavafis, René Suárez y Jacquie, Cesare Pavese, Luis Ruiz y Joaquín Blanco.

Y a ti, ese enigma que se llama Aurora.

Abrázame mujer.

Que tu calor quite de mi pecho el frío de los mares.

Que tus ojos disipen las tinieblas que los míos han visto.

Sírveme del vino que traje en el último viaje.

*Ponte los perfumes raros,
las telas doradas de las islas.*

Mañana yo me iré.

*Promete que no me serás infiel,
más de lo necesario.*

MI CUARTO ES UN INSÓLITO BARCO DE OTROS TIEMPOS

Mi cuarto es un insólito barco de otros tiempos,
yo soy el polizón, el pirata, un misionero.
Mi deformidad, no obstante, me permite urdir
un fiero ceremonial ante la tradición y la amenaza.
No hay puerto más desolado que el hostil corazón de un marino
ni otra patria que una mujer desnuda que grita en un idioma
avieso y salvaje:
“Sálvame de este cuarto con olor a hombre desconocido”.

Mi raza es la de los hombres crudos e insomnes,
mi testimonio no es el del desertor,
pero tampoco el de la cariátide.
Las palabras son como brasas sin sombra.
Lo saben todos los que de alguna manera
formamos parte de esta ambigua tripulación.
Afuera, el mar, el mar, el mar.

Pero esta es mi versión de los hechos,
lo confesable es un potro al que sajo los flancos
con mis espuelas jubilosas,
para que corra,
para que vuele.

“Heredarás la soledad”, así dijeron a este ciego
que de alguna manera hoy esto escribe.
No es bueno poseer un corazón traslúcido
ni andar como yo ando,
sobre una armazón de fatigada madera
que se desnuda y danza ante la tormenta.
Pero somos hombres y estamos en el deber de sufrir.
No vamos a ninguna fiesta,
es hora de lanzar por la borda las caretas.
¿Quién estuvo anoche de guardia?
Se quedó dormido y dejó caer su pipa
sobre una hermosa luna de paja.

Cuando esta embarcación se hunda
aquí estaremos como grandes neuróticos
ardiendo ante la atroz belleza del mar.
Solo se salva Dios por sus cuchillos
y mi memoria no logra recordarlo
ahora que estamos tomados de las manos
mirando las barcazas pasar,
sembrando un árbol de arena a la orilla del mar.
Estoy dentro de mí,
la soledad me habita como un licor espeso y fiero.
Tu arquero ha llegado, el astuto que tomó una ciudad.
Dile al otro que salga del arca y dame de comer,
mis ojos no te despertarán.
A nosotros nos ha sido revelada
la humilde impostura del pasto,
los sinuosos brebajes que perpetúan el olvido.
Lo soñado ya forma parte de la trama.

Hay una flor que prefirió ser horrible
a ser bella y morir,
por eso hay hombres cuya única memoria
es la de haber nacido sin ojos.

No moriré:
ya presiento otro vientre que viene.
¿Qué otro he de encontrar en otro?

Conocemos el veredicto:
no hay salvación ni tregua.
Todos hemos sido unos deliberados canallas,
pero somos orgullosos y nos da asco arrepentirnos.
No empujen, por favor, las damas y los niños primero.
y tú, no te aproveches del naufragio y devuélveme el garrafón de
vino.

Ah, mi hechicera, mi virgen de cada noche,
soy amargo, pero déjame partir,
el mar es el único alfarero de los hombres.
Los muertos, en la memoria del soñado, se levantan
y en su deformidad caminan dando tumbos.
Debemos apurarnos,
oh, hambre oceánica del misterio,
en cualquier momento comienza la cacería.

He de morir sin haber visto la mañana prometida.

LA DECISIÓN DE ULISES

Me avisaron en sueños.

Ítaca andaba lejos; yo, desnudo en la playa,
sin otra patria que tu vientre, sin otra frontera que el delirio.

Una barca pasó, su mascarón soñaba,
dorado el mástil, la amada canción.

El porquerizo reconocería mis ojos devorados por la bruma,
descubriría en el carcaj la flecha que me explicó de niño.

El oráculo así se cumpliría:

El primer cuchillazo lo lanzará Penélope,
hace ya mucho tiempo que concluyó el sudario.

Es cierto que quisiera regresar sin ser visto
con una tentativa de mendigo y de hueso que roeré feliz.

¿Habrás ella explicado cómo tensar el arco?

Véngate, ah, cautivo del tiempo,
ah, presagioso.

Yo, en un templo abandonado, cocinando para unos monjes
leprosos.

Yo, como un árbol que gravita en el viento.

La trampa para el último de los mortales ya ha sido abierta:
le pusieron por cebo el universo.

Somos como tigres, pero estamos castrados.

El mar es un mágico vientre pariéndose a sí mismo,
lleno de ansias crepusculares.
Y el tiempo, ah, el tiempo donde los ojos fabulosos penetran
hasta la raíz retorcida del llanto.
Dioses podridos, ciegos,
conquistadores que esperan una barca
que los devuelva a casa.
Mi corazón huele a nave de hombre.
Me he muerto muchas veces, me he muerto demasiado
y así me han repartido más de lo necesario...
En cada invierno se muere un hombre triste.
De una oscura manera, la Patria siempre irá conmigo.
Imagino una noche que sea para todos.
Humilde, terrenalmente buena.
No volveré,
debe el hombre envejecer con dignidad.
Llevadme a cualquier sitio:
Hay mucho amor, muchos caminos,
las noches que necesito para desentrañarme.
No volveré:
un corazón que nace
tiene derecho al mundo...

JONÁS

Era su corazón el puerto más remoto.
Nunca la blanquísima ballena tuvo náuseas de él.
Habitó su vientre abismal como un niño que vuelve.
Acostumbrado al lenguaje que repercutía en aquel lugar,
sonando como un corno de cazar sirenas,
se pretendió escribano y, en su angustia,
documentó su vida.
Los naufragios y el hambre del cetáceo
le proporcionaron, para su residencia alucinante,
pintura y sombreros, fervorosos cuchillos,
libros, cacharros, pipas,
arpones de marfil...
Recorriendo la insufrible geografía de las tinieblas
aprendió a conocer aquellas eternas galerías;
se habituó a una esfera inmutable, esa especie de calabozo
donde era el único recluso, el único guardián.
Sus límites lo hicieron giboso,
de colmenera carne discreta.
Cuentan que en su delirio por el retorno
logró descifrar los signos de los grandes hechiceros,
que interpretó, en un modo natural y paranoico,